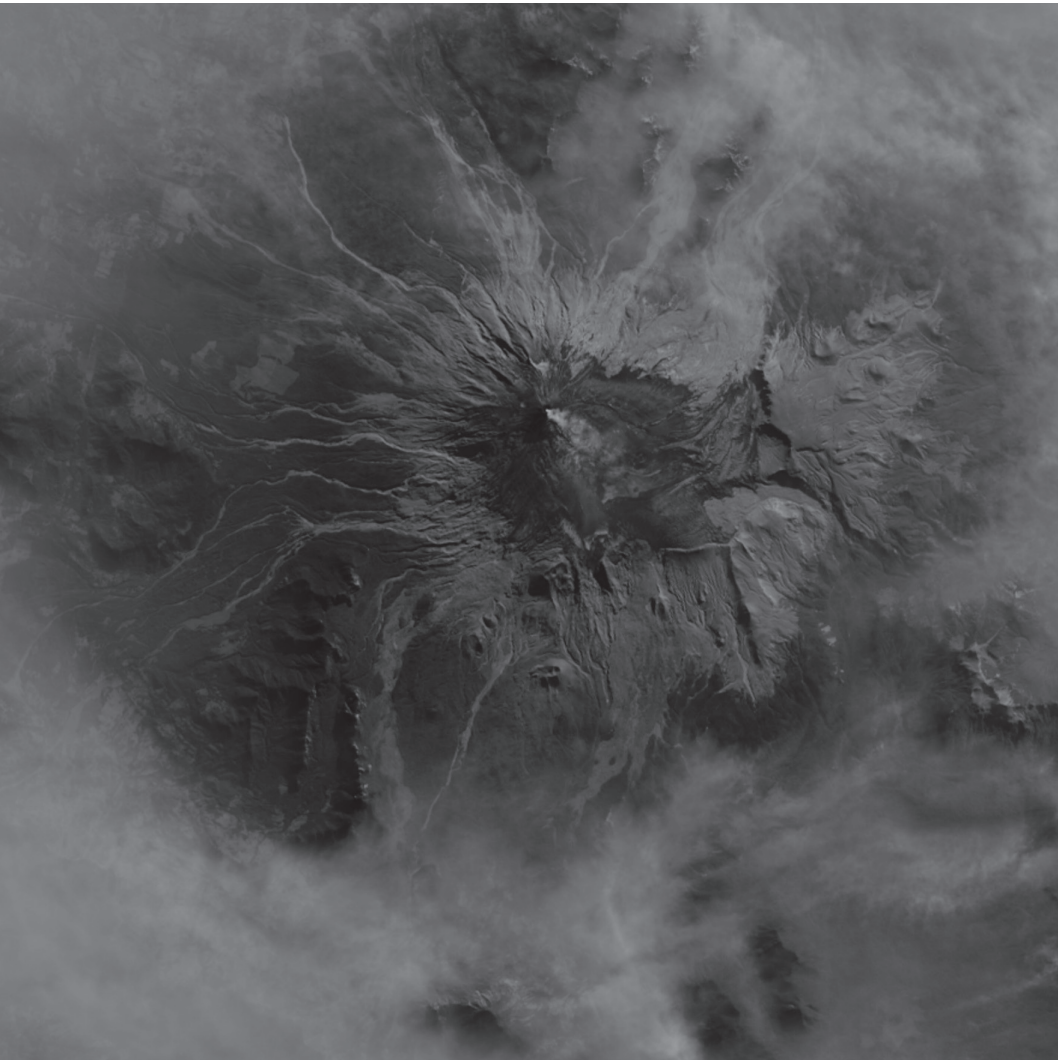


Masa crítica. El nuevo paisaje de la arquitectura en Chile

_Francisco Díaz

[1]



[2]



[1]. Erupción del Volcán Calbuco, Región de Los Lagos, Chile. 27 de abril de 2015. (c) Creative Commons License.

[2] Erupción del Volcán Calbuco, vista desde la ciudad de Puerto Montt, Región de Los Lagos, Chile. 22 de abril de 2015. (c) Carolina Barria Kemp. Creative Commons License.

¹ Estimación basada en una proyección de datos publicados en 2006 por Lyon y Wahr. Ver: Eduardo Lyon y Loreto Wahr, "Arquitectura y Política, El espacio como política de co-modificación de la realidad". *Spam_arq* 3 (Julio, 2006), pp. 8-12.

² Ese es el último año para el que existen estadísticas oficiales disponibles. La información fue obtenida del sitio web "mi Futuro" del Ministerio de Educación del Gobierno de Chile <<http://www.mifuturo.cl/index.php/futuro-laboral/buscador-por-carrera?tecnico=false&cmbareas=3&cmbinstituciones=3>> Accedido el 28 de marzo de 2017.

³ Sitio web "mi Futuro" del Ministerio de Educación del Gobierno de Chile <<http://www.mifuturo.cl/index.php/donde-y-que-estudiar/buscador-de-carreras?tecnico=false&cmbregiones=0&cmbareas=3&cmbcanombres=72&cmbinnombres=0&limitstart=0>> Accedido el 28 de marzo de 2017.

⁴ Philip Ball, *Critical Mass: how one thing leads to another*. London: Arrow Books, 2005, p. 54.

⁵ Op cit, p. 123.

Hace un par de años, tras un período de notoria actividad volcánica en Chile – y con el dejo de seriedad que toda buena ironía trae consigo – nos preguntábamos cuántas erupciones más se necesitaban para separarnos definitivamente de Sudamérica [1] [2]. Que esa conversación haya surgido entre arquitectos no era casualidad. El discurso de Chile como entidad aislada del cono Sur, utilizado como estrategia de promoción internacional tras el retorno de la democracia en los noventa, había encontrado en la arquitectura no solo un aliado sino también un emblema. Además, la idea de que un aumento en la actividad volcánica dejara a Chile “a la deriva” se burlaba de la reacción de las elites ante la “erupción social” de 2011: mientras les preocupaba que el descontento callejero desembocara en aquella incertidumbre insoportable para el mercado, no les incomodaban las desigualdades sociales que estaban en el origen del problema. Por último, la ironía refería al concepto de “masa crítica”, es decir, a que cuando un fenómeno pasa cierto umbral de recurrencia –cuando deja de ser un hecho aislado–, el equilibrio se rompe y el cambio se vuelve irreversible. Incluso en arquitectura.

Ciertamente es difícil discutir que parte de la producción arquitectónica en Chile ha sido destacada internacionalmente en las últimas dos décadas, pero su agrupación bajo el rótulo de “arquitectura chilena” sí merece ser revisada. Englobar una producción diversa –haciéndola pasar como si fuera un movimiento, o un estilo– aplana la amplitud de visiones y matices. Por eso, en vez de insistir en esta lógica en que las características de unos pocos son traspasadas sin delicadeza a un conjunto mayor, aquí analizaremos el problema desde otra perspectiva. Para entender y describir las interacciones entre una cantidad creciente de actores –que comparten un circuito disciplinar mientras compiten por los mismos clientes– desestimaremos el foco en los productos para analizar el paisaje en el que se transan. Todo esto en un momento en que el mercado de la arquitectura en Chile está alcanzando una masa crítica capaz de romper los equilibrios, transformándolo en algo radicalmente distinto a lo que conocemos.

Equilibrios precarios

El mercado es aquel lugar en que los actores compiten por maximizar sus posibilidades de sobrevivencia. Eso es lo que comparten el espacio concreto donde compramos frutas y el espacio abstracto donde se transan capitales –y que justifica que se llamen igual–. Entender la arquitectura en Chile como un mercado supone explicar cómo distintos actores se organizan para asegurar su supervivencia en un medio cada vez más inestable.

Aunque no siempre ha sido así. A mediados de la década pasada había cerca de 9.000 arquitectos en Chile ¹. En un país con cerca de 15 millones de habitantes esa cifra era razonable. Pero desde entonces los equilibrios se empezaron a desestabilizar. La masificación exponencial de la educación superior –posibilitada por el aumento de la oferta universitaria y la disminución de las barreras de acceso al crédito en la banca comercial– llevó las cifras a niveles inéditos. Con 1.244 nuevos arquitectos en 2015 ² obteniendo su grado en las 34 escuelas de arquitectura del país, el número de arquitectos se duplicó. Así llegamos a cifras cercanas a 20.000 arquitectos activos y 11.500 estudiantes de arquitectura ³ cuando Chile apenas supera los 17 millones de habitantes. Es decir, 1 arquitecto cada 850 habitantes.

Podríamos imaginar esta situación como la de un volcán a punto de hacer erupción. Y aterrarnos. O podemos calmarnos y tratar de entenderlo desde la perspectiva de aquellas disciplinas que trabajan sobre escenarios como este.

La física social es un área de la sociología que, en base a leyes físicas, estudia las formas de asociación entre distintos grupos. En el caso de procesos sociales complejos, donde las variables son muchas y están en un equilibrio inestable, la física social recurre a la termodinámica para entender las formas de agrupación, entendiendo que los componentes nunca volverán a su estado anterior pues se trata de procesos irreversibles.

De acuerdo a la segunda ley de la termodinámica, la entropía –definible como la cantidad de disposiciones distintas que pueden tomar átomos que parecen similares– ⁴ solo aumenta en un proceso irreversible; es decir, las direcciones posibles tienden a multiplicarse. Tal como argumenta Philip Ball, la termodinámica es el traspaso desde un equilibrio inestable a otro más estable ⁵. Por eso es irreversible. Cuando un sistema está en equilibrio no importa cuanto lo presionemos pues siempre va a volver a su estado inicial; por el contrario, cuando su entropía es positiva –si su equilibrio es precario o es inexistente– cualquier cambio en las condiciones externas provocará un movimiento tendiente a un nuevo equilibrio más estable. Es esto último lo que está ocurriendo hoy con la arquitectura en Chile.

En la física social, la masa crítica es la cantidad de personas que permiten cambiar el curso de los acontecimientos. Es decir, la cantidad de actores necesaria para poner los acontecimientos

en crisis y llevarlos a su punto crítico, esa zona sin retorno en que los eventos pasan a ser irreversibles. Al llegar a ese punto las partículas deben cambiar de posición, aunque no hay forma de predecir hacia donde se moverán. Lo que sí sabemos es que cuando se reorganicen tenderán a agruparse en un plano heterogéneo, como pequeños clústeres en una disposición irregular. Algo así como un nuevo “paisaje”.

Paisaje líquidos

En 1993 los cientistas políticos Robert Axelrod y Scott Bennett propusieron la Teoría del Paisaje, una hipótesis formalista sobre la agregación que permitiría explicar cómo los distintos agentes se asocian y organizan en un circuito específico ⁶. Por “paisaje” los autores entienden un plano hipotético donde los actores se agrupan o repelen, como si fueran gotas de mercurio líquido sobre una superficie horizontal lisa. Cuando la configuración se estabiliza vemos una serie de gotas de diversos tamaños. Cada una de ellas está conformada por un grupo de actores propensos a agruparse y que repelen a otros grupos. Como sabemos, el mercurio líquido es altamente inestable; pero cuando los agentes son humanos sus configuraciones no son tan impredecibles: tienen intereses y afinidades, miden consecuencias y conveniencias, y también están motivados por aspiraciones o metas. La correcta lectura de dichos factores permitiría, según Axelrod y Bennet, predecir las futuras configuraciones ante eventos que intervengan la estabilidad del sistema.

En la última década se han producido dos eventos que han amenazado la estabilidad del mercado de la arquitectura en Chile, generando así un nuevo paisaje. El excepcional aumento de la cantidad de arquitectos es uno de ellos. El otro es una situación igualmente excepcional que ha desdibujado todos los equilibrios previos.

En 2008, bajo el primer gobierno de la presidenta Michelle Bachelet, se inició el programa Becas Chile con el objetivo de “insertar a nuestro país en la sociedad del conocimiento y dar un impulso definitivo al desarrollo económico, social y cultural de Chile”, lo que se concreta financiando “estudios en el extranjero en el ámbito profesional y técnico, en el marco de una política de largo plazo” ⁷. Gracias a este programa, entre 2008 y 2014 más de 6.000 jóvenes profesionales han sido seleccionados para realizar estudios de posgrado en las mejores universidades del mundo generando, en palabras de sus promotores, un nuevo “capital humano avanzado” para el país ⁸. El programa obliga a retribuir el financiamiento recibido residiendo en Chile por el doble del tiempo de duración de los estudios. Junto a su masividad, la exigencia del retorno es quizás la mayor diferencia de este programa respecto de los sistemas de becas de otros países.

El impacto de este programa en el paisaje de la arquitectura ha sido fuerte. En el último lustro regresaron a Chile cientos de arquitectos con posgrados en las universidades más prestigiosas del mundo. Una invasión de “masa crítica” inédita. Hablamos de profesionales entre los 25 y 40 años quienes, por el solo hecho de haber vivido fuera del país ya tienen más mundo que sus predecesores; que están al tanto de los debates contemporáneos –lograron romper el aislamiento de Chile–; que llegan al país con una amplia cartera de contactos internacionales; que en términos de competencias profesionales y conocimientos teóricos están mejor preparados que cualquier generación previa y, si eso fuera poco, tienen menos prejuicios sobre los modos y ámbitos de operación.

Sin complejos para alternar entre la práctica, la escritura, la enseñanza, la gestión o, incluso, el emprendimiento esta generación no solo ha empezado a ocupar los intersticios entre las prácticas ya consolidadas sino también a ampliar esos espacios hasta reconfigurar el paisaje local. Con roce internacional, estos nuevos actores no miran con distancia lo que ocurre afuera. Sin miedo a desarrollar la arquitectura fuera de las oficinas, estos nuevos arquitectos chilenos han alcanzado rápidamente posiciones de poder en las universidades, revalorizando aquella labor académica desacreditada por una generación previa inconscientemente influenciada por los discursos poscríticos.

Rompiendo incluso con las convenciones del circuito disciplinar chileno, este nuevo grupo ha desarrollado una activa política de asociaciones y colaboraciones horizontales capaces de generar una sensación de “clase” o pertenencia, algo desconocido en un circuito habituado al individualismo. Así, la vinculación intergeneracional vertical jerárquica –maestro-discípulo– ha sido reemplazada por conexiones horizontales que no buscan la aprobación de los mayores sino que definen sus propios criterios de valor. Esto no quiere decir que ese tipo de colaboraciones no hayan existido antes. La novedad tiene que ver con la escala de esas interacciones y con el hecho de que implica una manera distinta de entender el lugar de cada actor con respecto a su entorno.

[3]



[3] Gotas de mercurio. (c) IStockPhoto/ThinkStock.

⁶ Robert Axelrod and D. Scott Bennett, "A Landscape Theory of Aggregation", *British Journal of Political Science*, Vol. 23, No. 2, Apr., 1993, pp. 211-233.

⁷ Información proveniente del sitio web del Ministerio de Educación del Gobierno de Chile, que administra el programa de Becas Chile a través de la Comisión Nacional de Ciencia y Tecnología – CONICYT. <http://portales.mineduc.cl/index.php?id_portal=60> Accedido el 28 de marzo de 2017.

⁸ Las cifras oficiales indican 2284 becas para estudios de doctorado, y 3994 para estudios de magister. <<http://www.conicyt.cl/becas-conicyt/estadisticas/extranjero/doctorado-becas-chile/>> Accedido el 28 de marzo de 2017.

⁹ La "generación dorada" la compondrían, según este artículo, los arquitectos Alejandro Aravena, Sebastián Irrazábal, Mathías Klotz, Cecilia Puga y Smiljan Radic. Ver: Marcelo Soto y Vivian Berdichesky, "La generación dorada de la arquitectura chilena". *Revista Capital*. Jueves 5 de septiembre de 2015. Versión on-line disponible en: <<http://www.capital.cl/poder/2015/09/03/113781/la-generacion-dorada-de-la-arquitectura-chilena>> Accedido el 28 de marzo de 2017.

¹⁰ ProChile es una institución dependiente del Ministerio de Relaciones Exteriores del Gobierno de Chile, "encargada de la promoción de la oferta exportable de bienes y servicios chilenos, y de contribuir a la difusión de la inversión extranjera y al fomento del turismo". Para más información ver: <<http://www.prochile.gob.cl>> Accedido el 28 de marzo de 2017.

¹¹ Un excelente relato sobre las condiciones en las que se generó el libro *Blanca Montaña* aparece en el trabajo de: Francisco Milla, María Paz Quinteros, Claudia Segura y Nicolás Verdejo. "Si la montaña no viene, se ofrece". Ensayo final del curso "Crítica de Arquitectura Contemporánea", Profesor: Francisco Díaz. Magister en Arquitectura de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Primer semestre de 2016.

¹² Ministerio de la Cultura y las Artes, Gobierno de Chile, Área Arquitectura, "Información institucional"; disponible en: <<http://www.cultura.gob.cl/arquitectura/informacion-institucional/>> Accedido el 28 de marzo de 2017.

¹³ Asociación de oficinas de Arquitectos de Chile, AOA; descripción de la Fundación IDDEA, disponible en: <<http://www.aoa.cl/oficinasaoa/fundacion-iddea/>> Accedido el 28 de marzo de 2017.

Si volvemos a la teoría de Axelrod y Bennett, el paisaje previo estaba conformado por una serie de gotas de mercurio en estado sólido –producto de un paisaje establemente frío–, cada una con un tamaño específico –determinado por la red de seguidores y acólitos rodeando a cada arquitecto reconocido–, y separadas a una distancia equivalente a la repulsión entre dichos actores; en otras palabras, a una distancia que les permitía ser reconocidos individualmente sin necesidad de asociarse [3]. Hoy, ese paisaje es distinto. Tenemos las mismas gotas en una posición fija, pero rodeadas por una constelación de gotas más pequeñas, a una temperatura que las mantiene en estado líquido y con capacidad de movimiento, permitiéndoles agruparse y reagruparse en gotas de distintos tamaños. Al final del día, esas gotas pequeñas se percatan de que no necesitan de las más grandes, pues son capaces de activar el paisaje por sí mismas. Esto no ocurre porque las gotas más pequeñas rehúsen agruparse con las más grandes, sino por la dificultad que tienen estas últimas para moverse de su posición y alcanzar la agilidad necesaria, como si el tiempo las hubiese solidificado quitándoles la fluidez que alguna vez tuvieron.

Paisajes industriales

A mediados de los años noventa la arquitectura chilena parecía vivir un renacimiento. Una nueva generación empezaba a dejar de lado las tendencias posmodernas releyendo el regionalismo crítico en clave formal moderna. Con la lógica neoliberal del "ejemplo" –que suponía que el realce de casos particulares elevaría el nivel del total– se comenzó a promover a un grupo de arquitectos representantes de esta nueva forma de hacer arquitectura desde Chile. La inversión en ellos fue tal, que al poco tiempo acabaron transformándose en emblemas.

En ese período, sin embargo, la globalización de los medios daba sus primeros pasos. Y uno de sus primeros efectos fue el espacio que tuvieron figuras provenientes de las economías emergentes –a las que se invitaba a integrar el comercio global–. No fue por casualidad que en los noventa empezaron a ser reconocidos a nivel internacional personajes como Ricky Martin, Isabel Allende, Salma Hayek, Emir Kusturica, Slavoj Žižek o Ai Wei Wei. La arquitectura, tal como otras manifestaciones de la cultura, también iba a ser escenario para el surgimiento de figuras de países emergentes.

Así, el nuevo discurso de la arquitectura en Chile se encontró, casualmente, con un terreno fértil para su difusión internacional. Porque aquel grupo de arquitectos que la revista *Capital* –en su sección "Poder"– denominara en 2015 "La generación dorada de la arquitectura chilena" ⁹ era la consolidación de algo que, como bien detecta ese artículo, se incubaba desde mediados de los ochenta y que empieza a tener repercusión internacional recién diez años después.

Una vez que ese grupo se consolida y el rótulo de "arquitectura chilena" empieza a transformarse en una marca que genera valor –como la comida peruana, el café colombiano o el chocolate suizo–, aparecen una serie de iniciativas que orbitan alrededor de este conjunto de arquitectos, colaborando en su difusión y convirtiendo la "arquitectura chilena" en una industria cultural como cualquier otra.

Por ejemplo, en 2006 se crea Plataforma Arquitectura, un medio online que en poco tiempo logra un crecimiento exponencial al punto que en 2008 abren una versión en inglés –Archdaily– que hoy es líder global en el rubro. Otros medios de difusión como la revista de la Asociación de Oficinas de Arquitectura AOA (2006), o las editoriales Stoq (2007) y Constructo (2008), por nombrar solo algunas, surgen en el mismo período. A su vez, en 2009 la AOA postula al programa de Marcas Sectoriales de la Fundación ProChile ¹⁰ que le permite utilizar la marca "Arquitectura de Chile" y acceder a financiamiento para posicionar y difundir la venta de servicios de arquitectura en el extranjero.

Así se explica que en 2011, en el lanzamiento del libro *Blanca Montaña: Arquitectura reciente en Chile* –un *coffee table book* que en cerca de 500 páginas recopila más de 120 casos de "arquitectura chilena" y que fuera justamente uno de los proyectos apoyados por la marca "Arquitectura de Chile" ¹¹–, el entonces Ministro de Cultura Luciano Cruz-Coke anunciara la creación de un Área de Arquitectura que, bajo la coordinación de Cristóbal Molina, tendría por objetivo "Difundir el rol de la arquitectura en la sociedad, generando políticas que promuevan a la arquitectura como una expresión de cultura..." ¹²

Como último eslabón en esta cadena, en el año 2013, la Asociación de Oficinas de Arquitectura crea la Fundación IDDEA –supuesto acrónimo de Instituto de Difusión de la Arquitectura–, "que busca ser un medio catalizador de proyectos que rescaten, preserven y difundan el patrimonio arquitectónico, urbanístico y paisajístico de nuestro país, reconstruyendo su historia y proyectándola hacia el futuro, ya sea a través de publicaciones, cursos, charlas, seminarios, proyectos de rehabilitación, becas formativas, y otros medios que ayuden a alcanzar nuestros objetivos" ¹³.

De esta forma, a partir de la promoción de un grupo reducido de arquitectos se consolida una industria dedicada a difundir la “arquitectura chilena” como algo con valor en sí mismo, adscribiendo las características de unos pocos a toda la producción de un país, como si la lógica neoliberal del *trickle down* –que el éxito de algunos beneficia a los demás– funcionara en el mercado de la arquitectura. Con la promoción de la producción local como tarea prioritaria, junto a la medición estadística y la celebración provinciana de cualquier mención internacional de la palabra “Chile”, la crítica se transformó en el enemigo que entorpecía el círculo virtuoso de la industria de la arquitectura. Así, pasamos del regionalismo crítico al provincianismo poscrítico.

Paisajes críticos

No es que no hubiese críticas a este discurso. Es solo que el ambiente festivo no había permitido escucharlas. A fines de los noventa Manuel Corrada observaba que mientras en el mundo se discutía el impacto de las nuevas herramientas digitales –incluida la posibilidad de una arquitectura desmaterializada–, la arquitectura chilena estaba enfrascada en debates sobre “la verdad del material” ¹⁴. Que esto ocurriera más por desconocimiento que por opción revela hasta qué punto la condición de isla limitaba los discursos. Pocos se daban cuenta que aquel invento que recién aprendían a usar –Internet– terminaría por derribar el castillo de naipes que tanto habían tardado en construir. En ese entonces las conexiones no eran *wireless* sino que dependían de personas de carne y hueso, quienes las administraban según preferencias personales y conveniencias profesionales. El salto internacional de la “arquitectura chilena” estuvo determinado por ese tipo de circunstancias, justo cuando el comercio global empezaba a mirar con curiosidad a esa periferia que había desdeñado en los ochenta.

A pesar de no ser atendidas, las críticas continuaron. Cuando las imágenes de arquitecturas chilenas empezaron a aparecer en publicaciones internacionales, se hizo evidente que se desentendían de las complejidades del entorno urbano. En 2006 el fotógrafo Cristóbal Palma comentaba que, una vez que la arquitectura de Chile ya circulaba por el mundo, faltaba “una reacción de la prensa internacional a la posible existencia de buena arquitectura en contextos más problemáticos o exigentes” ¹⁵. Con más severidad, en 2009, el crítico argentino Jorge Francisco Liernur indicaba que “la naturaleza no existe como puro objeto de contemplación para quien se ve obligado a extraer de ella sus medios de subsistencia” ¹⁶. ¿Había arquitectura en las ciudades de Chile? Daba lo mismo. El frío de las “blancas montañas” solidificaba las gotas de mercurio del paisaje arquitectónico al punto que ninguna crítica lograba calentar el ambiente [4]. El discurso del volumen inserto en el paisaje natural bastaba para mantener andando el negocio de la industria de la arquitectura.

[4]



[4] Vista de las montañas nevadas tras el Lago Conguillio. Región de la Araucanía, Chile. (c) Sarah and Iain. Creative Commons License.

¹⁴ Corrada, Manuel. "La ideología de la sensualidad". ARQ 39 "Materia", Agosto, 1998, pp. 11-15.

¹⁵ Palma, Cristóbal. "Chile: Truly, Madly, Deeply". ARQ 64 "Chile dentro y fuera", Diciembre, 2006, pp. 32-35.

¹⁶ Liernur, Jorge Francisco. "Portales del laberinto. Comentarios sobre la arquitectura en Chile, 1977-2007". En: *Portales del laberinto. Arquitectura y ciudad en Chile. 1977-2009*. Santiago: Ediciones UNAB, 2009, p. 29

¹⁷ Díaz, Francisco, "An island of catholic monks: Chile's utopia in the 1990s". *San Rocco* 9 "Monks & Monkeys", May, 2014, p. 62.



[5]



[6]

[5] Manifestaciones estudiantiles del 2011. "Marcha de los paraguas". 18 de agosto de 2011, desde el edificio de Física de la FCFM Universidad de Chile. Santiago. (c) César Parra R. Creative Commons License.

[6]. Manifestaciones estudiantiles del 2011. Estudiantes chilenos marchando por la Alameda de Santiago. 14 de julio de 2011. (c) Nicolás15. Creative Commons License.

Pero las fiestas no duran para siempre. En 2011 una ola de protestas sacudió al país [5] [6]. Lideradas por una generación de veinteañeros sin miedo, llegaron a cuestionar todos los consensos alcanzados por la generación previa. El debate sobre el sistema universitario –lo que gatilló las protestas– empezó a ampliarse hasta poner en duda el sistema de desarrollo en su totalidad, sobre todo por las desigualdades sociales que generaba. Con ello quedaban en entredicho todos los *slogans* relativos al éxito de Chile en las décadas previas. La arquitectura no podía mantenerse ajena a dicha erupción, con un nuevo discurso que criticaba “aquellas hermosas cajas que, volando sobre asombrosos paisajes naturales, no hicieron nada para mejorar las ciudades” ¹⁷. Como un hijo no reconocido que retorna para demandar a sus padres luego de años de abandono, la ciudad acabaría amenazando el feliz matrimonio suburbano entre arquitectura y paisaje natural.

Paisajes inéditos

Lo que aparece después no es un paisaje utópico o feliz. Pero sí uno donde es posible detectar preocupaciones distintas que, tal vez sin quererlo, dejan obsoletos los consensos de los noventa. La ciudad es el nuevo paisaje donde toma lugar la competencia por sobrevivir en el duro mercado de la arquitectura en Chile [7].

Pero, como hablamos de arquitectos, el paisaje donde se ejecutan sus operaciones no puede dejar de problematizarse. Así, la ciudad empieza a ser cuestionada desde la arquitectura, logrando un territorio de operación inédito, pues antes se entendía que la ciudad era un problema a enfrentar solo desde el urbanismo o las políticas públicas.

Aun así, dado que esta generación recién empieza a desplegar sus inquietudes, por ahora los cambios son principalmente discursivos. Por ejemplo, con el tono polémico de una declaración de principios, Beals Lyon argumentan que “si bien la calidad de la arquitectura chilena va en aumento, la de nuestras ciudades sigue en deuda” 18. Más lejos llega la oficina Plan Común, para quienes “la ciudad, como problema de arquitectura, [ha] quedado abandonada exclusivamente a los vaivenes del mercado. En este escenario, nuestra profesión también ha sido responsable: se ha conformado con “surfear la ola”, adecuándose obedientemente a las condiciones dadas o definitivamente subordinándose a encargos y clientes con agendas cuestionables” 19. En ambos casos la ciudad aparece como tema, aunque solo se la defina como espacio de operación: aún no aparece una formulación urbana de consistencia similar a la capacidad de resolución arquitectónica.

Lo anterior tampoco implica que esta nueva generación haya desarrollado una teoría del proyecto. Todo lo contrario. Por ejemplo, cuando la oficina Umwelt se define como “una entidad generadora de contenidos y agendas” 20, demuestra que la formulación de una postura ha sido reemplazada por declaración de una “agenda”, un listado de ideas que, en el mejor de los casos, define un rango de preocupaciones y, en el peor, describe un mapa tan amplio que no significa nada. Un ejemplo de lo primero es la oficina Amunátegui Valdés, quienes no temen declarar que “ahora que el cientificismo anti intelectual de la década de los 90 y 2000 se ha tomado un descanso, otra vez se ha abierto un espacio para permitirse una reflexión histórica” 21, definiendo así un rango de intereses preciso sin miedo a perder espacios de operación. El ejemplo contrario es la oficina Land, quienes se describen como “arquitectos, arquitectos del paisaje, planificadores medioambientales y urbanistas, artistas y motivadores, comprometidos con el diseño y la innovación aplicada a proyectos que mejoren la relación entre urbe y territorio.” 22 Algo así como arquitectos capaces de todo.

Independiente de las evidentes inconsistencias, y al igual que los estudiantes del 2011, esta nueva camada de arquitectos critica todos los consensos previos. Solo con eso ya dejaron obsoleta a la poscrítica. Tampoco creen en la excepcionalidad de la arquitectura chilena sino que entienden que esto es un juego global donde el chauvinismo no tiene cabida. Por lo mismo, están más preocupados de armar una carrera propia; en el mejor de los casos con una agenda consistente y en el peor repitiendo los tics formales de las generaciones previas. Aun así, entienden que el proyecto colectivo se arma por medio de la suma de búsquedas individuales más que por la adscripción a una formulación previa. Se trata de un paisaje donde la diversidad y heterogeneidad son la clave para mantener los equilibrios de este nuevo mercado.

Hablamos de arquitectos que, en su corta carrera, ya han participado en bienales y eventos internacionales; es decir, ya han tenido logros que sus predecesores tardaron años en alcanzar. Tan natural es esta condición global que ni siquiera se ha preocupado de hacer alarde de ello. Esta es una gran diferencia con la generación previa, para quienes el mundo era tan lejano que las acciones fuera de Chile eran publicitadas como la obtención de la copa del mundo.

Tal vez sea esa suma de acontecimientos, de gran difusión mediática a escala local, la que haya generado la sensación errónea de que la arquitectura hecha por chilenos podía entenderse como un movimiento. Los medios de difusión –locales e internacionales– han tendido a caer en este error, presentando dichos acontecimientos como la evidencia de algo mayor. No hay que ser perspicaz para observar la miopía de esa mirada. Si hace 15 años podía haber sido justificable decir que la arquitectura en Chile seguía las lógicas de un movimiento –destacando la producción de unos pocos para demostrar que Chile ya había abandonado el posmodernismo y argumentando que la preocupación por “el oficio” era un antídoto contra la irrupción de las herramientas digitales– hoy en día ya es derechamente imposible. Incluso si analizamos caso a caso a esos arquitectos chilenos que han alcanzado notoriedad internacional, observamos que las similitudes existentes tienen más que ver con formas de ser que de hacer. Siguiendo el modelo del boomerang 23, y entendiéndolos como ejemplos de una “actitud” aprobada por los

18 Beals Lyon, *Vacíos Públicos*. Santiago: Ediciones ARQ, 2016, p. 116.
19 Plan Común, *Lugares Comunes*. Santiago: Ediciones ARQ, 2015, p. 10
20 Umwelt, “Nueve sentencias breves sobre lo que Umwelt es”. *Umwelt, La casa de las máquinas*. Liga 24, Ciudad de México, Nov. 2016- Feb. 2017.
21 Amunátegui Valdés, *Mundo de Fragmentos*. Santiago: Ediciones ARQ, 2017, pp. 11-12.
22 Ver la descripción que proporcionan en su sitio web <<http://landarquitectos.com/es/about>> Accedido el 28 de marzo de 2017.
23 Corrada, Manuel, “Puntada Chilena”. *Trace* 11 (2016), p. 180.
24 Oliver, Pamela; Marwell, Gerald; Teixeira, Ruy. “A Theory of the Critical Mass. Interdependence, Group Heterogeneity, and the Production of Collective Action”. *American Journal of Sociology*, Volume 91, Number 3, November 1985, pp. 523-4.

dueños del discurso, los representantes de la “generación dorada” fueron enviados al extranjero como embajadores. Pero ser embajador es justamente lo contrario de ser una figura internacional o un ciudadano del mundo. Más bien se trata de chilenos operando afuera que, a su regreso, cuentan peripecias que solo sorprenden a una corte provinciana. Para el resto, estas figuras son más bien indiferentes. Así se arma un paisaje heterogéneo con clústeres –o gotas de mercurio– separados por la diversidad de intereses y medios de operación.

Masa crítica

En 1985, Oliver, Maxwell y Teixeira proponían un punto de vista distinto para el concepto de “masa crítica”. Más que el mínimo de participantes necesario para cambiar algo, argumentan que ella debiese medirse en función de quienes individualmente deciden desviarse de la media:

Los investigadores y los activistas de movimientos sociales a menudo usan el término de forma metafórica e imprecisa para referirse a la idea de que debe atravesarse un umbral de participantes antes de que un movimiento social “explote”... Por el contrario, suponemos que la acción colectiva suele implicar el desarrollo de una masa crítica: un pequeño grupo que elige hacer grandes contribuciones a la acción colectiva mientras la mayoría hace poco o nada. Estos pocos individuos son precisamente los que más divergen del promedio. Por lo tanto, la heterogeneidad de la población –específicamente, el número de dichos desvíos y la extremidad de su desviación– es una clave para predecir la probabilidad, el alcance y la eficacia de la acción colectiva.²⁴

Así, es la suma de estos “desviados” –y no la adscripción a una forma común de hacer– la que se ubica en el origen de una acción colectiva, pues sin la fricción de la diversidad no se genera el calor necesario para que surja un “movimiento” en las gotas de mercurio. Por eso, que la industria cultural insista en sostener la etiqueta de “arquitectura chilena” no significa nada. Más preciso es hablar de “arquitectura en Chile”, aunque ello no suponga un resultado homogéneo. El paisaje real es más complejo y rico que el paisaje natural que muestran los medios.

Pero al ser un paisaje heterogéneo, diverso y múltiple, la arquitectura en Chile además replica las desigualdades de la sociedad chilena –uno de los pocos aspectos donde el país sí es líder mundial–. Son ellas las que posibilitan las desviaciones necesarias para la existencia de una masa crítica; pero si las entendemos como entropía pura, es decir, como un equilibrio inestable que busca reacomodarse, son también la razón que justifica las erupciones sociales.

[7] Vista de Santiago desde el aire. (c) Dropolis. Creative Commons License.

[7]

